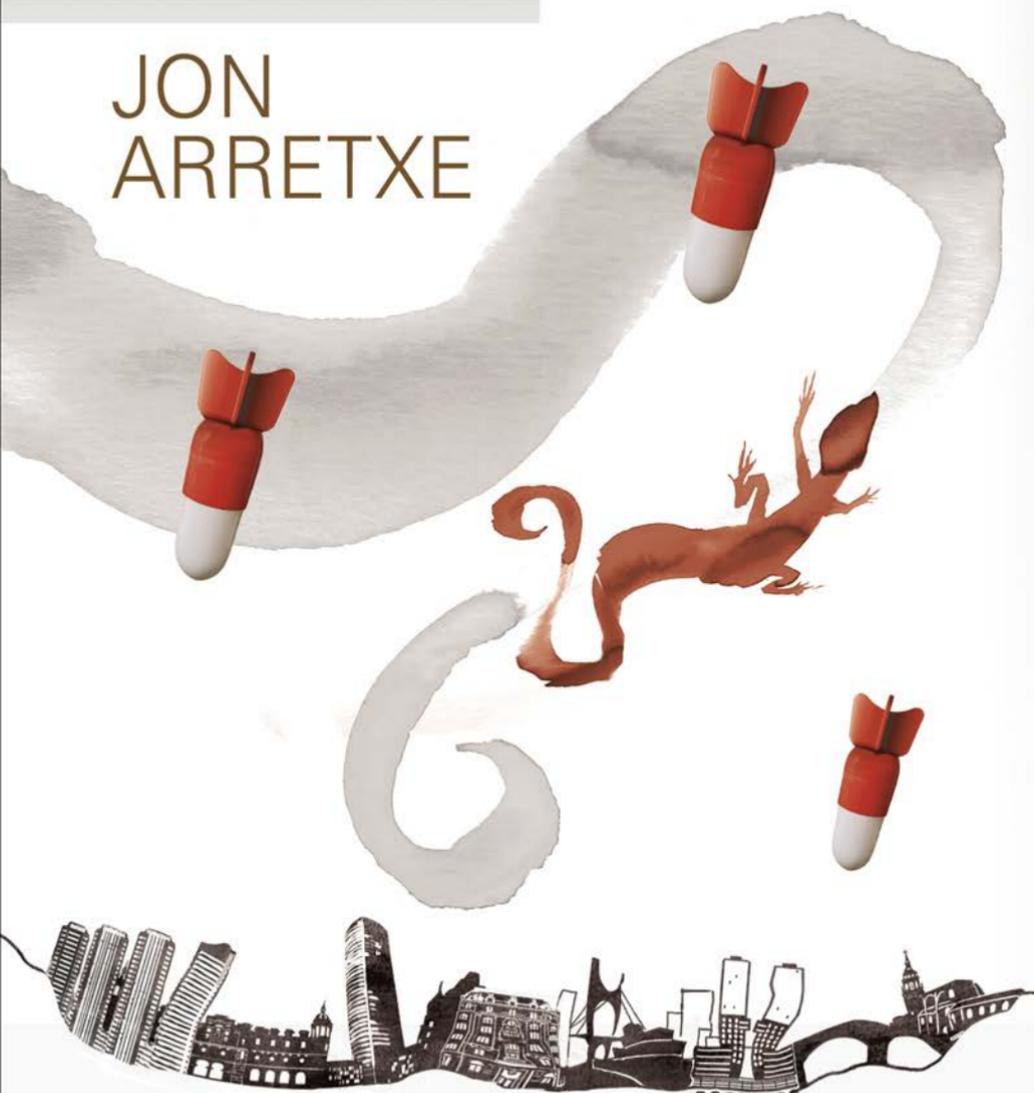


# TIEMPOS PARA LA LYRICA

JON  
ARRETXE



erein

# TIEMPOS PARA LA LYRICA

47

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte,  
a través de la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura.*



1.ª edición: Mayo de 2023

Título original: *Lyrca garaia*

Diseño de la colección y portada: Cristina Fernández

Maquetación: Editorial Erein

© de la traducción: Cristina Fernández

© del texto: Jon Arretxe

© de la presente edición: EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-896-6

D.L.: D 463/2023

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

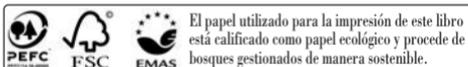
Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# TIEMPOS PARA LA LYRICA

JON  
ARRETXE

TRADUCCIÓN DE  
CRISTINA FERNÁNDEZ

ereín

*A Javi Abasolo, maestro y amigo*

*Bills Ballhaus in Bilbao  
war das schönste auf dem ganzen Kontinent.  
Dort gab's für einen Dollar Krach und Wonne,  
und was die Welt ihr Eigen nennt.  
Ich weiß ja nicht, ob Ihnen so was grad gefällt, doch:  
Es war das Schönste auf der Welt.*

*Bilbao Song, Bertolt Brecht*

1  
DE NUEVO EN CASA



Los bancos de la plaza Fleming están vacíos. Esta tarde tormentosa de primeros de junio, los africanos que suelen ocuparlos se resguardan de la lluvia apelotonados bajo los alerones y tejadillos más cercanos. Siguen charlando tranquilamente, como de costumbre. A fin de cuentas, es a lo que más tiempo dedican cada día y no van a cambiar su rutina por cuatro gotas.

Cruzo la plaza hasta la calle Cortes, y a la altura de El Edén empiezan a oírse unos gritos. Enseguida aparecen dos prostitutas corriendo una tras otra. La que va por delante pide auxilio desesperada, la que va por detrás empuña una botella sin dejar de escupir insultos y amenazas de muerte. Y animando aún más la escena, a las voces de esas dos mujeres se une el griterío de todas las que se han quedado mirando apostadas a la entrada de los viejos clubs de la zona, «¡Fátima, tranquilízate!» «¡Corre, Emily!».

El sonido de las sirenas anuncia la llegada de la pasma, pero antes de que aparezca ninguna patrulla, la tipa que va por detrás resbala y se da una buena culada contra el asfalto mojado, ventaja que aprovecha la otra para huir calle abajo. Un par de *municipas* muy jóvenes aparecen por las escaleras que suben de la calle San Francisco. Enseguida se presenta, además, una patrulla de la Ertzaintza. Los que salen del coche también parecen de la última promoción. Nunca los había visto hasta ahora, estos polis parecen salidos de otro molde, con esos cuerpos esculpidos en el gimnasio y esos cortes de pelo tan modernillos. Nada que ver con los calvos y barrigudos veteranos que me amargaban la existencia cuando vivía aquí.

Paso de largo y continúo en dirección al Búho Negro, un club tan cutre y decadente como cualquiera de los otros cinco o seis que sobreviven en el barrio. Me recibe el pajarraco oxidado que corona la puerta y, una vez dentro, compruebo que bajo la ahogada iluminación rojiza del garito todo sigue igual: la barra desgastada a la izquierda, junto a la puerta del reservado, el váter al fondo y unas pocas mesas rayadas a la derecha. Solo se me hace raro un detalle: la sillita de paseo ocupada por un niño pequeño, de apenas un año. No cuadra ni con mis recuerdos ni con este lugar, por más que las dos mujeres sentadas junto a él no paren de hacerle carantoñas. La vieja gruñona y desconfiada de la barra, sin embargo, ya venía de serie con este antro. Me imagino que ella tampoco habrá cambiado desde que me largué de Bilbao.

—¿Qué tal, Loles? ¿Te acuerdas de mí?

Se toma unos segundos antes de responder:

—¡Ostras, Touré! ¡Casi no te reconozco! ¿Pero cuánto tiempo ha pasado?

—¿Unos tres años?

—Por lo menos. ¿Qué ocurrió para que te largaras de repente? Por ahí se decía que te habías metido a pastor en Navarra.

—Pues sí, no me quedó otra.

—¿Y qué? ¿Tan mal te ha ido que has tenido que volver a este agujero?

Mucho peor que mal. Por lo visto, Loles no tiene ni idea de lo que he vivido durante los últimos años, no se imagina que tuve que salir huyendo de aquel pueblo, y que terminé en París, donde por fin me pude dar la vida padre a base de atracar joyerías. Tampoco sabe que el destino me llevó luego a Madrid ni que allí seguí a cuerpo de rey con el botín que me traje de Francia. Hasta que me lo robaron todo y tuve que volver a la casilla de salida. Loles no lo sabe, pero es la miseria la que me ha traído de vuelta a Bilbao. Bueno, la miseria y Cristina, su sobrina, mi querida Sa Kené. Son demasiadas explicaciones, me limito a encogerme de hombros y cambio de tema:

—Vaya follón se ha montado ahí fuera, ¿no?

—*Pche*, nada nuevo. La culpa es de esa mora que despluma a los clientes, va colocada todo el día y encima anda por ahí trapicheando. Las chicas están de ella hasta el coño

porque espanta a los pocos que todavía se acercan por aquí, y encima, cuando le cantan las verdades, mira cómo se pone, la muy loca.

A mi izquierda, la puerta del reservado está cerrada. Por si hubiera dudas de lo que está pasando al otro lado, empieza a oírse a un maromo gimiendo al compás de un viejo somier de muelles. El ruido va *in crescendo* hasta que todo termina cuando el tipo da el do de pecho con un último quejido, más fuerte y ahogado.

—¿Vas a tomar algo? —me pregunta Loles.

—No, gracias.

—Venga, que te hago precio especial.

—Ni cobrándome la mitad de la mitad podría pagarte.

—¿Pues entonces a qué has venido?

Un joven mantero senegalés entra en el Búho Negro. Lo lleva claro si pretende vender algo por aquí, tendría más opciones entre las ovejas que dejé pastando en el Pirineo Navarro. De todos modos, el chaval prueba suerte sin perder la sonrisa en ningún momento, ni siquiera cuando tiene que asumir la cruda realidad. Entonces cambia de estrategia y empieza a repartir unas minúsculas tallas con forma de elefante. «Regalo», nos dice. Una de las mujeres le da diez céntimos por la figurita y se la pone al niño entre las manos, la otra rechaza el obsequio justificándose con un lamento por no haberse estrenado aún en todo el día, Loles murmura algo incomprensible entre dientes mientras niega con la cabeza, y yo le doy una palmadita en el hombro.

El chico no insiste, carga todas sus baratijas sobre los hombros y va hacia la calle. Apenas pasa frente a la puerta del reservado, esta se abre y aparece un hombre negro seguido de una mujer delgada que no tiene aspecto de extranjera, pero sí demasiados años para dedicarse a la prostitución.

—Hasta la próxima, cariño —se despide de su cliente y luego nos dirige una mirada alterna a Loles y a mí, mientras alarga un billete de cinco euros a la dueña del local—. ¿Y este hombretón está esperando por mí? No me lo puedo creer.

—No te lo creas, no, que este tipo está sin blanca. Más te vale ir a otra parte en busca de clientes.

La mujer suspira con resignación y se marcha fuera, enciende un cigarrillo y empieza a fumar con la espalda apoyada en la pared, junto a la puerta.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto a Loles.

—Setenta y cuatro.

Tengo la tentación de repreguntarle «¿Más o menos como tú?», pero ella se me adelanta.

—Isabel lleva aquí desde la época dorada de la Palanca, igual que yo.

—Y, por lo que veo, sigue en forma.

—¡Pues buena es ella! No solo conserva alguno de sus antiguos clientes, aún tiene gancho para atraer otros nuevos, sobre todo entre los africanos que están llegando últimamente. Siempre ha sido una tía con clase.

—Antes había otra señora por aquí, sin tanto porte, todavía más veterana, una que bebía ginebra.

—Sí, esa era Rosa. Pobrecita. La bebida pudo con ella, su hígado no aguantó más. De las de antes ya solo quedamos Isabel y yo.

Loles calla, como si ya estuviera todo dicho por su parte, y se queda mirándome en silencio hasta que dice:

—Venga, suéltalo de una vez: ¿Para qué has venido al Búho Negro?

—Quería preguntarte por Cristina.

—¿Todavía no has estado con ella, o qué?

—Sí, ya he ido a verla, es lo primero que he hecho en cuanto he llegado a Bilbao, pero me tiene muy preocupado.

Loles arquea las cejas, como extrañada por mi inquietud, y yo no me saco de la cabeza el día que Sa Kené fue a visitarme a Madrid, el momento en que descubrí aquella herida en su ojo, los moratones del cuerpo... Decido no andarme con rodeos:

—Alguien la está maltratando, ¿verdad?

—¿Ella no te ha contado nada?

—Nada, solo me dice que el problema ya está arreglado.

—Pues entonces, ¿de qué te preocupas? Deja de hacerte pajas mentales.

—¿Quién la sacude? ¿El mismo que le hizo el niño? —insisto, dirigiendo la mirada hacia el crío sentado en su sillita bajo las atenciones de las dos prostitutas.

—No seas pesado, Touré. Si Cristina te ha dicho que el tema está resuelto, déjalo ya, no sigas.

Otro joven aparece por la puerta, ahora se trata de un blanco engominado vestido de traje. Trae una carpeta bajo el brazo.

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclama Loles—. ¿Qué se le ha perdido a un chico tan guapo por aquí, en el club más elegante de la Palanca?

—Buenas tardes. Me llamo Gabi, y trabajo para la nueva inmobiliaria del barrio. Por lo que he oído, la dueña de este local quiere ponerlo a la venta.

—¡Vaya! ¡Pues sí que vuelan las noticias! Todavía no he puesto ni un anuncio y ya empiezan a llegar los buitres. Tienes buen olfato.

—En eso consiste mi trabajo, señora, en estar al tanto del mercado, y le diré algo: si deja la operación en mis manos, olvídense de anuncios y quebraderos de cabeza, que yo enseguida le encuentro un comprador. ¿Cuánto piensa pedir por el club?

—No sé... Unos 150.000 euros, ¿qué te parece?

El tal Gabi no responde enseguida. Primero abre la puerta del reservado, echa un vistazo dentro, y hace otro tanto con el servicio. Luego vuelve junto a nosotros, a la barra.

—Perdone, señora, ¿cómo se llama? —pregunta.

—Loles.

—Mire, Loles, voy a ser sincero. Es imposible que nadie le dé por este local ni siquiera la mitad de lo que pide. Pero si me permite que yo gestione la venta...

—¡Calla, calla! —corta ella—. El Búho Negro ha sido un club mítico, y no estoy dispuesta a regalarlo por cuatro peras ¿Acaso no sabes la historia que tiene este sitio? Ni te imaginas la de conciertos que se daban aquí, ¡y vaya pedazo de artistas que venían! ¡Menudos espectáculos organizábamos en su época!

—Usted misma lo ha dicho, Loles, «en su época», y la historia no sirve de mucho en el mercado inmobiliario. Lo que se tiene en cuenta son los metros cuadrados, el estado de conservación...

—¡Basta! ¡Ya es suficiente! No eres más que un charlatán. Puede que engañes a algún incauto, pero a mí, desde luego, no. Estoy segura de que voy a recibir un montón de ofertas, pondré algunos anuncios por ahí y sanseacabó.

El tipo no insiste, pero saca una tarjeta y la deja en la barra.

—Si se lo piensa mejor, llámeme. Seguro que llegamos a un acuerdo.

—Adiós —le despide Loles, desviando la mirada hacia el techo.

Y en cuanto desaparece el comercial, la tarjeta vuela hacia la papelería.

—Pero, ¿qué se han creído estos jóvenes? La Palanca es parte de la historia de esta ciudad, no se puede pasar por alto el glamur de sus viejas glorias —hace una pausa y me mira desafiante—. ¿Tengo o no tengo razón?

—Sí, claro que sí.

Le sigo la corriente, aunque la verdad es que no sé muy bien de qué me habla, porque yo estoy a otra cosa. No dejo de pensar en el modo de pillar al maltratador de Sa Kené y darle su merecido. Pero con el humor de perros que se le ha quedado a Loles, me parece que hoy no voy a sacar nada más de ella. Tendré que buscar información en otra parte.

—¿Tienes dónde dormir? —pregunta la vieja.

—Sí, Osmán me ha hecho sitio en su habitación, como antes. Conoces a mi colega maliense, ¿no?

—Hombre claro, no lo voy a conocer... Ya te he dicho que tenemos bastante éxito con los africanos. Él también viene por aquí de vez en cuando y, para ser negro, es un tipo majo. Casi tanto como tú.

—Pues gracias por lo que me toca —respondo mientras me levanto del taburete dispuesto a irme del tugurio.

—Oye, estoy pensando... —me detiene, sin darme tiempo a llegar hasta la puerta—. Si andas tan pelado, a lo mejor te interesa trabajar para mí.

La oferta me pilla desprevenido.

—¿Qué tendría que hacer?

—Me vendría bien un *tiarrón* como tú. Las Cortes nunca han sido Disneylandia, pero vamos a peor, no hay más que follones a todas horas. Esa Fátima es como un grano en el culo, siempre anda por ahí liándola. Además, ahora la suelen acompañar dos navajeros argelinos. Y, por si fuera poco, el barrio se está llenando de adictos al pegamento, en cualquier rincón hay algún moro con los morros metidos en

un trapo. Son esos los que luego salen a robar a las chicas por la noche. Y si a todo eso le sumas algún pirado que, de vez en cuando, viene a tocar las narices...

—¿Me estás proponiendo que trabaje de segurata para ti?

—Pues sí, algo así. ¿Qué te parece?

No es el curro de mis sueños, pero no estoy para andarme con remilgos, necesito pasta, no importa de dónde salga. Además, estoy curado de espanto, la primera vez que estuve en Bilbao ya tuve que hacer de todo: me hice pasar por adivino, trabajé de gigoló, de figurante en la ópera, cabezudo y toro de fuego en las fiestas... ¿Por qué no hacer de segurata ahora?

—¿Cuánto me pagarías?

—Pues no lo sé..., si haces jornada completa, puede que unos doscientos o trescientos euros.

—¿A la semana?

—Al mes. Eso más las propinas.

—¿Qué propinas?

—Bueno, algunos clientes son muy generosos.

—¿Los pensionistas y los inmigrantes, «muy generosos»?

¿Qué propinas voy a sacar de ahí?

—Quién sabe.

Aprieto los labios mientras empiezo a ponerme de mala leche. La vieja lo intenta de otro modo:

—A ver, también podrías trabajar por horas.

—¿Cuántas horas al día?

—Depende, ya veríamos.

—¿Y cuánto cobraría por hora?

—Pues... tres o cuatro euros. Bastaría con que te dejaras ver por esta zona. Apenas tendrías que hacer nada más, seguro que con tu presencia sería suficiente. Total, ¿qué más te da estar aquí o en un banco de la plaza Fleming? ¿Qué diferencia hay? Al menos aquí podrías embolsarte unos billetes, prácticamente por no hacer nada.

—Sí, vamos, que con ese pedazo de sueldo me voy a forrar.

—Hombre, tampoco te pases, que el Búho Negro da poco dinero, y tiene muchos gastos: el agua, la luz... Son tiempos difíciles.

—¡Claro! Sobre todo, para mí, ¿qué me vas a contar? Pero mira, cuando ha salido Isabel del reservado ya te ha dado un billete de cinco euros.

—Ya, ¿y qué?

—Te parecerá poco por usar una cama vieja diez minutos, ¿no?

—Han sido más de diez minutos.

—¿Y a mí me ofreces dos o tres euros por pasar una hora entera cuidando tu local, a riesgo de que me den un navajazo o, en el mejor de los casos, me partan la cara?

—Venga, podemos hacer un trato. Los días que haga buena caja te daré un poco más, cuatro o cinco euros la hora.

Lanzo un resoplido mientras doy media vuelta hacia la calle.

—¿Lo pensarás?

—Sí, claro.

—Y mientras tanto, cuida de mi sobrina, ¿vale?

—Eso ni lo dudes.

Antes de salir a la luz del día, echo un último vistazo a Mattin, el pequeñajo que continúan mimando las dos prostitutas. Después, una vez fuera, digo adiós a la veterana Isabel, aún apoyada contra la pared, y ella me responde con un guiño. A medida que me alejo del Búho Negro, las últimas palabras de Loles traen a mi memoria la cara magullada de Cristina.

\* \* \*

Bajo hasta la calle San Francisco y me dirijo hacia el Berebar. La acera es muy estrecha y está llena de gente, hombres apalancados a la entrada de los portales, de los bares y de las tiendas, fumando, charlando o simplemente viendo la vida pasar. A la altura de Romaña, la tienda de ultramarinos, hay un gitano gordinflón gritando: «¡Me han robado, los putos moros me han robado!».

Lleva desabrochados los botones de la camisa y luce un pecho digno del hombre lobo. Debe de haber enviado algún mensaje de socorro por ese móvil de lujo que sostiene, porque en medio minuto llega quemando ruedas un viejo Ford Fiesta del que salen escupidos otros cuatro gitanos con cara de pocos amigos. Dos de ellos empuñan sendos destornilladores; otro, una barra de hierro; el cuarto, un bate de béisbol.